

la no-violencia

NO me parece correcto juzgar a la violencia al nivel de las abstracciones. Hay que situarla, verla en las relaciones de que nace y en sus fines. Por el cauce de la Historia desciende un río de sangre. Imperios y revoluciones se han bañado en su lecho. Hay que analizar cada hecho violento con un criterio histórico. No pueden considerarse instaladas en el mismo plano la violencia que se ejerce en nombre de principios retardatarios y frena el progreso, y la violencia que responde a una defensa de los valores del individuo y de la sociedad. ¿Cómo comparar la violencia desencadenada por el pueblo madrileño contra los franceses en 1808, con la violencia de la represión que inmediatamente siguió? ¿Cómo equiparar la ciega violencia de la O. A. S., con la violencia guerrillera de los «fellaghas»?

Ciertamente, el progreso moral —paralelo al desarrollo humano y social en general— debe tender —y de hecho tiende— a la extirpación de la violencia, a su destierro definitivo de la Historia. He aquí, pues, el centro de la cuestión: la violencia no es un mal absoluto, de carácter metafísico, inherente a la naturaleza humana; ha surgido en la Historia, y en la Historia habrá que superarla. Desaparecerá el día que el desarrollo —moral, social, económico— cree las condiciones indispensables para que el hombre controle las fuerzas ciegas e inhumanas que hoy reinan sobre él. El día en que queden definitivamente erradicados la necesidad, el hambre y en general todos los motivos de conflicto. El día que la Humanidad escape a sus alienaciones. Porque la violencia cruenta, la más notoria, no es más que la radicalización de la que preside, desde que comenzó la Historia, las relaciones entre los hombres.

¿OMO entender, partiendo de estas consideraciones, las tesis de la «no-violencia»? Ciertamente, la violencia más radical está ahí, en la primera pugna del periódico de cada mañana, en la pantalla del cine de la esquina, reflejada en este mismo número. Toda reacción, toda réplica, debe llamar nuestra atención, contar con nuestra simpatía, sin perjuicio de analizar su valor y su eficacia. A este respecto me parecen sumamente importantes los trabajos reunidos bajo el título de «No-violencia y objeción de conciencia» por «Editorial Fontanellas» en su colección «Informe». Sus autores —los franceses Fronsac, Clement y Regamey— se formulan cuatro preguntas: ¿Qué es la no-violencia, cómo se practica, qué se persigue, qué pensar de ella? Las respuestas componen el contenido de este libro.

HENRI Fronsac nos describe la historia de la no-violencia, partiendo de la experiencia de los primeros discípulos de Cristo. Hasta el siglo III los cristianos son perseguidos y aceptan su suerte sin resistencia. Desde este siglo su actitud se formaliza en los «Cánones de Hipólito». Partiendo del Decálogo «los padres de la Iglesia elaboran una especie de Código de negativa al homicidio». Historia adelante, Fronsac presenta como típica la postura de Francisco de Asís, y siglos más tarde, la de William Penn, establecido con sus cuáqueros en Pensilvania en 1673. Años después, la cruel ejecución de un pobre loco, Damían, en la Francia de Luis XV, por haber amenazado al Rey, promueve un fuerte movimiento en contra de la pena de muerte; el esfuerzo se concretará con el advenimiento de la Revolución de 1789 cuando Robespierre defienda la abolición, sin éxito, ante la Asamblea. Naturalmente, al seguir el curso histórico, el autor se detiene en la consideración de la doctrina de Gandhi y en su biografía pública, y por último describe la actividad de Danilo Dolci y de Martin Lutero King.

POR su lado, Marilene Clement nos proporciona el retrato de un objetor de conciencia (la objeción de conciencia es la forma que arume con más frecuencia en Francia la lucha contra la violencia), el cristiano Jean Claudel, y nos relata los problemas originados en la resistencia a participar en la guerra de Argelia. Asimismo, nos narra las peripecias de la marcha pacifista San Francisco-Moscú y el diverso eco que sus integrantes fueron encontrando en el camino. Fronsac se refiere, posteriormente, a los fines de los no-violentos, su voluntad de sensibilizar al pueblo y también de reparar: «Allí donde la violencia destruye el no-violento vuelve a construir». Por último, Pie-Raymond Regamey estudia los fundamentos teóricos de los que se rebelan contra la violencia: la «no-violencia» como exigencia de la caridad (de cada diez no-violentos, ocho se mueven por motivos espirituales; de estos ocho, seis son cristianos), el anhelo de justicia, la ética de la angustia. Cierran el libro unas palabras de Dag Hammarskjöld y una selección de documentos (los mandamientos de los no-violentos, estadísticas sobre la pena de muerte, etc.).

SI, este libro me parece importante, aunque su sistema de referencias me resulte ajeno (ello es obvio para el asiduo lector de esta sección). Yo sentiría que decir, quizá, que el planteamiento de la no-violencia se nos presenta aislado de las condiciones históricas, que es idealista y se inscribe en una moral individualista nada progresiva. Es cierto. El problema de la violencia es más hondo, su raíz se hincra en las actuales relaciones entre los hombres, y hay que superarlo al nivel de la historia y del desarrollo de la sociedad. Pero, objetivamente, los no-violentos nos recuerdan nuestros deberes para con tal nivel, y en esta coyuntura su acción puede resultar positiva.

EDUARDO G. RICO

¡UNA ACUSACION DIRECTA AL VICIO Y A LA CORRUPCION!

Filmmax
PRESENTA



JOSEPH E. LEVINE



**UNA
CASA
NO ES UN
HOGAR**

SHELLEY WINTERS en Polly Adler

MICKY SHAUGHNESSY • KAYE BALLARD • RALPH TAGGER

ACTORES INVITADOS **BRODERICK CRAWFORD** en Harigan **CESAR ROMERO** en Lucky Luciano

CO-PROTAGONIZADA POR **ROBERT TAYLOR** en Frank

DIRIGIDA POR RUSSELL ROUSE Y CLARENCE GREENE • BASADA EN EL LIBRO DE POLLY ADLER

PRODUCTOR CLARENCE GREENE • DIRECTOR RUSSELL ROUSE • UNA PELICULA EMBASSY PICTURES